

La redacción que nunca compartimos

Por Evaristo Martínez

Nunca pensé en ser periodista aunque siempre quise trabajar en un periódico. Supongo que la culpa la tuvo Clark Kent, y no porque bajo su traje llevara la 'S' de Superman: qué ansiedad estar disponible las 24 horas al día para salvar al mundo; qué pereza tener que ocultar una doble vida fingiendo siete dioptrías en cada ojo. A mí me gustaba Clark Kent porque, a pesar de haber nacido en Krypton, se movía mejor que los humanos entre las máquinas de escribir y las mesas del 'Daily Planet': siempre con la palabra precisa (no como su compañera



Lois Lane, eterna aspirante al Pulitzer pero haciéndose un lío cada vez que tenía que deletrear esto o aquello), el titular perfecto, el enfoque adecuado.

De aquella redacción soñada, construida entre viñetas y fotogramas, sentía especial afecto y admiración por Perry White, el redactor jefe. Un tipo de carácter férreo, siempre con la hora de cierre (y con un puro) entre los labios, componiendo portadas, rompiendo folios, mandando repetir artículos. Un periodista de raza, de los que guardan la almohada en el armario y tienen a un corresponsal por la línea uno, al fotógrafo por la dos, al jefe de la rotativa por la tres y a su mujer por la cuatro. Un apasionado de su profesión, un veterano de la

diaria batalla de la tinta, un currante del oficio. Pero, sobre todo, una persona noble y leal, a su cabecera y a los suyos, capaz de reconocer el trabajo de su equipo con una palmada en el hombro aunque antes (o después) soltara un grito que hiciera sentar al mismo Dios. Un hombre de corazón caliente y cabeza fría, capaz de mantener la calma cuando el caos toca a la puerta, cuando las dudas ahogan y el mundo se desmorona. Supermán podría salvar Metrópolis una y mil veces, sí, pero el Daily Planet lo contaría mejor que nadie porque Perry White, ya le fuera la vida en ello, haría, como cada día, el mejor periódico de su vida.

Los periodistas creemos saber de muchas cosas y no sabemos de (casi) nada, y yo apenas conozco a Román aunque siempre ha estado ahí, desde que decidí asomarme a la Asociación de la Prensa para formar parte de este colectivo. Siempre ha estado ahí (para mí y para tantos colegas con los que he hablado de esto) para ofrecer el mejor consejo a los recién llegados; para pedirte que, oye, por favor, ven a recoger el carné, que está cogiendo polvo; para descolgar el teléfono y felicitarte por un artículo; para poner serenidad al tremendismo apocalíptico con el que esta profesión se desayuna cada mañana. Con la sonrisa escondida debajo del bigote, con la mirada cercana, con esa voz grave y paternal capaz de sacarte los colores para después abrazarte.

Si la Asociación de la Prensa fuera el 'Daily Planet', tú, Román, serías Perry White. Así lo he pensado en cada reunión en la que me he sentado cerca de ti aunque en vez de hacer portadas te haya tocado manejar los presupuestos, las altas y las bajas, el orden del día, qué hacemos con la tarjeta del seguro médico, y con lo del premio Colombine, a ver si ponemos en marcha el ciclo de cine, seguimos adelante con esta idea o lo dejamos estar.

En esa redacción imaginaria que nunca compartimos, tú, Román, serías el redactor jefe que todo plumilla quisiera tener delante. Y aquí, en el mundo real, has sido el Supermán capaz de haber unido, durante no sé cuántos años, desde la sede de la Plaza de San Sebastián, a los que trabajamos en el oficio más extraño del mundo.

Feliz jubilación.